

X INFORME ANUAL DE LA PLATAFORMA 2015 Y MÁS

OTRO MUNDO ESTÁ EN MARCHA



Edición española del Informe SOCIAL WATCH 2012

25 años de debates sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacional

KOLDO UNCETA,
Catedrático de Economía Aplicada de la UPV/EHU

Conferencia pronunciada con motivo del 25 aniversario de la fundación del Instituto Hegoa, 4 de octubre de 2012

Desde aquel ya lejano 1987 en que se fundó Hegoa hasta hoy, han sido muchos los acontecimientos que han transformado el mundo y muchas las ideas que se han discutido sobre la naturaleza de los procesos vividos. En este contexto, las cuestiones relativas al desarrollo y la cooperación internacional han sido objeto de fuertes controversias y en torno a ellas se han abierto nuevas perspectivas y nuevas propuestas.

En aquel año que hoy recordamos, Mijaíl Gorbachov presentaba un libro titulado *Perestroika: un nuevo pensamiento para nuestro país y el mundo*, en el que se dibujaban buena parte de las ideas que cambiarían las relaciones internacionales en los años siguientes. Por entonces había ya numerosas evidencias de que el mundo y las formas de vida surgidas tras la Segunda Guerra Mundial tocaban a su fin. Como diría el recién desaparecido Hobsbawm, el siglo XX había comenzado con la Primera Guerra Mundial y terminaba con la caída del muro de Berlín.

Sin embargo, para nosotros, para quienes estábamos iniciando esta aventura, aquellos eran hechos aún difíciles de interpretar. Lejos de apreciar la profundidad de los cambios que se estaban produciendo en la economía y la política mundiales, analizábamos la confrontación Norte-Sur en los términos en que la misma se había dado en las décadas anteriores. Por aquellos años, varios de los que participamos en la fundación de Hegoa habíamos vivido de cerca las revoluciones centroamericanas, último episodio de la guerra fría, en las que se habían reproducido todos los clichés de las décadas anteriores relativos al discurso sobre el desarrollo y el subdesarrollo. Las propuestas provenientes de Centroamérica, aferradas a las teorías y los enfoques de la dependencia, e impregnadas de mensajes humanistas y de ideales surgidos de la teología de la liberación, representa-

ban para nosotros –o así lo creíamos– una base suficiente para relanzar el debate sobre el desarrollo y la cooperación internacional en la Euskadi y la España postfranquistas.

1. EL FIN DE UNA ÉPOCA

Sin embargo, más allá de estas visiones que inspiraban e influían nuestras ideas sobre el desarrollo, lo cierto es que el mundo estaba cambiando a marchas forzadas. América Latina se hallaba sumida en plena crisis de la deuda externa, en medio de aquel período que los libros sobre desarrollo denominaron la *década perdida*. Mientras tanto, los países del sudeste asiático lograban fuertes tasas de crecimiento económico y eran puestos como modelo por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Por su parte, los países del este de Europa, sumidos en una fuerte crisis, tenían que acudir a los préstamos de dichas instituciones para afrontar sus traumáticos procesos de transición.

En este panorama, la situación estaba llamada a cambiar casi por completo: tras casi cuatro décadas de ricos debates sobre el desarrollo y las relaciones Norte/Sur, de pronto se abría paso una nueva doctrina –el neoliberalismo– que pretendía hacer tabla rasa, y creía tener todas las respuestas. El mercado había triunfado supuestamente sobre el Estado, y aquellos países que quisieran mejorar su suerte ya no tenían más que una opción: dejar que el mercado hiciera su trabajo y eliminar todas las trabas y obstáculos que pudieran impedirlo; asegurar la plena incorporación al mercado mundial y al proceso globalizador, y dejar de lado debates supuestamente inútiles sobre las políticas de desarrollo a impulsar. Para algunos de los más conspicuos representantes de la nueva religión neoliberal, como Lal, se había inaugurado una nueva era en la que la Economía del Desarrollo –y por extensión los Estudios sobre Desarrollo– habían desaparecido, lo que en su opinión constituía una buena noticia. Al igual que Francis Fukuyama había decretado el fin de la historia, Deepak Lal decretó por su cuenta el fin del debate sobre el desarrollo.

Lo cierto es que esta nueva ortodoxia ocupó casi todo el espacio del debate oficial hasta mediados de los noventa. Por una parte, forzados por las circunstancias y las necesidades de financiación, la mayor parte de los Gobiernos de Asia, África y América Latina se afanaron en aplicar duras políticas de ajuste que, en muchos casos, fueron bastante más allá de lo razonable desde el punto de vista de la estabilidad macroeconómica. Algunas de estas políticas provocaron fuertes procesos recesivos, además de generar graves tensiones sociales. Como ha sido tantas veces señalado, la evidencia de que los desequilibrios macroeconómicos perjudican especialmente a los más pobres, no prueba que cualquier estabilidad macroeconómica les favorezca, pues hay muchos posibles tipos de estabilidad. Pero esa lección tuvieron que experimentarla en sus propias carnes, una vez más, las mayorías sociales de muchos países, como me temo que ahora nos toca experimentarla en el sur de Europa.

En cualquier caso, lo cierto es que aquellas políticas vinieron acompañadas de tal ofensiva ideológica que parecieron ir cayendo una a una todas las líneas de defensa del anterior pensamiento sobre el desarrollo. Sin embargo, algunas voces autorizadas comenzaron a expresar su disconformidad ante tanto dislate. Así, precisamente en aquel 1987 que hoy conmemoramos, vio la luz el texto coordinado por Giovanni Andrea Cornia, Richard Jolly y Frances Stewart, publicado por UNICEF bajo el título *Ajuste con Rostro Humano*, en el que se cuestionaban abiertamente tales políticas. Tres años más tarde, aparecería un segundo informe, esta vez de la CEPAL, titulado *Transformación productiva con equidad*, que representaría la segunda llamada de atención desde el propio sistema de Naciones Unidas frente a los excesos de unas políticas y una doctrina de resultados en general nefastos desde el punto de vista de la equidad y la lucha contra la pobreza. De ahí la idea de la *década perdida*, y de ahí también el cambio operado en la visión oficial sobre el desarrollo durante los años noventa, mucho más matizada en lo referente al papel de las instituciones y a la consideración de la equidad.

La hegemonía de la nueva visión neoliberal sobre el desarrollo tuvo también un importante impacto sobre la cooperación. Ello se evidenció en un fuerte retroceso de los fondos oficiales, que empezó a finales de los años ochenta y no se detendría hasta 1997, en que comenzó una tímida recuperación. Pero también se manifestó en una diferente distribución porcentual de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), ya que una parte creciente de la misma se concretó en ayuda humanitaria y de emergencia, en detrimento de proyectos y programas de desarrollo, en los cuales se había dejado de creer para dar todo el protagonismo al mercado.

Sin embargo, las consecuencias sobre la cooperación de la nueva visión sobre el desarrollo fueron mucho más allá de las cifras, y afectaron de lleno a la forma de entender la misma. El punto de partida del nuevo discurso fue el cuestionamiento de la eficacia. El desarrollo de diversos modelos sobre el impacto agregado de la ayuda en distintas magnitudes como el crecimiento, el ahorro o la inversión dio lugar a lecturas cada vez más pesimistas, que acabaron por acuñar la idea de la *fatiga de la ayuda* para expresar el desánimo por los escasos resultados obtenidos. A partir de ahí la cooperación ha venido transitando por una vía cada vez más tecnocrática y alejada de los debates sobre el desarrollo. Nueva York, Monterrey, Roma, París, Accra, Doha, o Busan no han sido sino mojones que han jalonado un camino tan lleno de bellas palabras, como, en mi opinión, estéril y alejado de la realidad.

En este contexto, asistimos en los últimos años a una creciente confusión en el debate sobre el papel de la cooperación. La profundidad de los cambios acaecidos en el mundo, y la diversidad de preocupaciones y puntos de vista presentes en el debate, han conducido a lo que algunos autores han llamado “crisis existencial de la cooperación”, crisis que afecta a la consideración de su primacía, eficacia y legitimidad como instrumento de solidaridad internacional. Ello se ve afectado también por la evidencia de la menor importancia relativa que la AOD tiene, desde 1990, en el conjunto de las transferencias internacionales de capital hacia los países más pobres, una menor importancia frente a las inversiones extranjeras, o frente a las propias remesas de sus emigrantes. Finalmente, polémicas con cierta proyección mediática sobre el papel de la cooperación –como la sostenida por Jeffrey Sachs y William Easterly, personas de relevancia en este ámbito– han contribuido también a esta ceremonia de la confusión, desviando la atención de los problemas de fondo por los que atraviesa la cooperación.

Por otro lado, y como ya se ha señalado, observamos una creciente distancia entre los debates actuales sobre la Agenda y los Objetivos del Desarrollo por un lado, y las discusiones sobre la eficacia de la cooperación por otro. Como apunta Van der Been en un texto de reciente publicación, la manera en que los propósitos de la política de ayuda se formulan y llevan a la práctica resulta desconcertante, sin que por otra parte exista un consenso suficiente sobre cuál debe ser el objetivo de la cooperación. El problema, en mi opinión, es que la crisis de la cooperación es, en buena medida, consecuencia de esa falta de consenso sobre los objetivos del desarrollo, lo que contribuye a un enfoque tecnocrático del debate sobre la eficacia.

Pero llegados a este punto me gustaría volver a la cuestión del desarrollo y a las corrientes que en los últimos años,

han dado vida a las discusiones sobre esta cuestión. Porque, ni la hegemonía del pensamiento neoliberal en lo referente al desarrollo, ni la fuerte crisis en la que la cooperación oficial se vio sumida desde los años ochenta, han sido, afortunadamente, los únicos elementos presentes durante todo este tiempo.

Precisamente en aquel 1987 en que se fundó Hegoa también vieron la luz algunos textos que, lejos de echar las campanas al vuelo, llamaban la atención sobre la gravedad y la agudización de algunos problemas, o sobre la necesidad de abrir nuevas perspectivas en el debate. Es el caso del Informe Brundtland, presentado en marzo de aquel año, y que daría un nuevo giro al debate sobre la sostenibilidad del desarrollo. Y ese mismo año veía la luz el libro de Amartya Sen *Sobre Ética y Economía*, en el que se cuestionaban algunos de los supuestos básicos que desde dicha disciplina habían fundamentado la noción de bienestar y, por extensión, el concepto de desarrollo.

Desde entonces, y a lo largo de más de dos décadas, han ido ganando terreno otros enfoques y puntos de vista que, más allá del pensamiento dominante, y aunque con resultados contradictorios, han cuestionado la ortodoxia oficial. Los enfoques de investigación —e incluso los términos utilizados para caracterizar visiones alternativas sobre el desarrollo— han sido muy diversos, y sería imposible dar cuenta aquí de todos ellos. En cualquier caso, creo necesario subrayar que la amplia literatura existente sobre el desarrollo humano; el desarrollo sostenible; el desarrollo con identidad; el desarrollo con perspectiva de género; o el desarrollo comunitario, da muestra tanto de la riqueza del debate, como de la insatisfacción intelectual generada por el simplismo, el esquematismo y, hasta en ocasiones, el fundamentalismo mantenido desde algunas instancias.

Por otra parte, junto a todos estos planteamientos y enfoques alternativos, en las últimas dos décadas han ganado también fuerza otras visiones críticas que, lejos de replantear la noción de desarrollo desde nuevas perspectivas, han venido a cuestionar el propio concepto, reclamando la necesidad de superarlo y de situar el debate en otra dirección. En esta línea se encuentran las propuestas del postdesarrollo, algunas de las cuales (como las del decrecimiento en Europa, o las del Buen Vivir en América Latina) han llegado a alcanzar una notable proyección académica y social.

Nos encontramos pues ante una doble controversia intelectual. Por una parte, la que enfrenta al pensamiento oficial con algunas propuestas críticas sobre el desarrollo. Y, por otro lado, la que se plantea dentro de las corrientes críticas, entre la necesidad de investigar sobre el desarrollo alternativo, o la necesidad de buscar alternativas al desarrollo.

2. EL MARCO Y LOS TEMAS CENTRALES DEL DEBATE

Desde mi punto de vista —y más allá de las diferencias existentes entre los distintos enfoques críticos— creo que pueden destacarse algunos elementos comunes de gran calado, que se encuentran en el trasfondo de estas corrientes que, en las últimas décadas, han venido a cuestionar el discurso oficial sobre el desarrollo. Dichas cuestiones se presentan ante nosotros como referencias fundamentales del debate, y como grandes retos que se encuentran en la base de las preguntas de investigación que se nos plantean.

Señalaría en primer término los problemas medioambientales, que desde 1972, en que se publicó el Informe Meadows y se celebró la Cumbre de Estocolmo sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, no han hecho sino aumentar. Desde aquel recordado 1987 hasta hoy, las emisiones de CO₂ en el mundo se han incrementado en más de un 50%, y lo mismo ha ocurrido con el consumo de energía, correspondiendo la mayor parte de ese incremento a países que hoy siguen siendo llamados países en desarrollo. En estos 25 años el mundo ha pasado de tener 5000 millones de habitantes a albergar ya más 7000 millones, sin que ello se haya traducido en un cambio en las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, tal como ha sido reiteradamente reclamado por la comunidad científica y por algunas solemnes declaraciones internacionales.

La ya citada publicación del Informe Brundtland significó un hito en este debate, ya que en dicho informe tomó cuerpo la definición que tantas controversias ha generado en los últimos 25 años, aquella que señala que el desarrollo sostenible es un proceso capaz de satisfacer las necesidades humanas del presente sin comprometer la satisfacción de las necesidades de las futuras generaciones. Sin embargo, desde entonces el término de desarrollo sostenible ha sido objeto de utilizaciones muy diversas, algunas de ellas perversas, que han restado potencialidad a esta noción. En estas circunstancias, ya no sirven las grandes palabras, siendo necesarios nuevos esfuerzos de investigación que clarifiquen algunas de las cuestiones más controvertidas, como es la cuestión del crecimiento, o la forma de evaluar los costos medioambientales más allá de su valoración monetaria. Los enfoques contrapuestos entre la Economía Ambiental y la Economía Ecológica, o las distintas maneras de entender la sostenibilidad —débil, fuerte, o incluso superfuerte, como reclaman algunos autores desde una perspectiva biocéntrica—, son cuestiones que están en la base de estos asuntos y que requieren nuevos compromisos y avances de investigación en un próximo futuro.

En segundo término debemos, en mi opinión, contemplar otro importante reto de investigación relacionado con la propia concepción del bienestar y la satisfacción humana. Como es bien sabido, el principal fundamento de la Economía del Desarrollo había sido la preocupación por la capacidad productiva de los llamados países subdesarrollados, hasta el punto de centrar los esfuerzos de investigación en los aspectos determinantes del crecimiento económico. Algunos trabajos, como los de Scitovsky, ya habían llamado la atención sobre la insatisfacción generada por los modos de vida centrados en la producción y el consumo en los países industrializados. Pero sería la perspectiva de las capacidades, aportada por Amartya Sen, y la posterior difusión de la noción de desarrollo humano, las que situaron la cuestión de los aspectos no materiales del bienestar en el corazón mismo de los debates sobre el desarrollo.

El nuevo vínculo planteado en las últimas décadas entre dos subdisciplinas que habían caminado de manera paralela —la Economía del Bienestar y la Economía del Desarrollo— sugiere por otra parte la necesidad de una nueva mirada sobre los temas de la pobreza, más cercana a su consideración multidimensional y a su dimensión relativa que exclusivamente centrada en el aspecto del ingreso y en su medición en términos absolutos. En este sentido, los autosatisfechos anuncios lanzados recientemente por el Banco Mundial sobre el cumplimiento de algunos de los Objetivos del Milenio, no deberían ocultar la profunda insatisfacción humana visible en muchas sociedades, que ven cómo las personas se han convertido en meros instrumentos al servicio de un incremento productivo que, si bien es necesario en muchos aspectos, no puede ser nunca un fin en sí mismo.

Las importantes llamadas de atención que, desde distintas perspectivas, se han venido lanzando en los últimos años en torno a la destrucción de los lazos comunitarios o sobre la mercantilización de todo tipo de actividades humanas son claras señales que nos hablan de insatisfacciones generadas por un modelo ineficiente desde el punto de vista social, e incapaz de proporcionar a las personas un ámbito de socialización desde el que mirar, con menos incertidumbre, a un futuro imposible de afrontar únicamente desde la afirmación de la individualidad y del mercado.

En tercer lugar, me gustaría resaltar el reto que representan los temas relativos a la equidad. Durante décadas, la promesa del desarrollo —y la propia esencia de la cooperación— estuvieron asociados al objetivo de cerrar la denominada brecha Norte-Sur, o si se quiere, a la búsqueda de una mayor equidad en el plano internacional, disminuyendo la gran distancia que separaba la renta de los países considerados ricos y pobres. Como es sabido, dicha brecha —medida en renta per cápita media de uno y otro grupo de

países— continuó incrementándose durante décadas, hasta el punto de ser considerada como uno de los grandes fracasos de la cooperación. Sin embargo, la explosiva combinación de la liberalización interna y externa —que afecta por un lado a la menor capacidad redistributiva de los Estados, y por otro favorece una extraordinaria transnacionalización de los flujos de capital al margen de cualquier consideración social—, está cambiando aceleradamente el panorama de las desigualdades. Como apuntan los trabajos de Milanovic, y las comparaciones realizadas por Sutcliffe, la distancia que separa la media de la renta per cápita entre unos y otros tipos de países puede estar disminuyendo, al tiempo que se agranda notablemente la distancia que separa a ricos y pobres dentro de cada país y a escala global.

En este contexto, los estudios sobre desarrollo se enfrentan a un nuevo desafío que obliga a cambiar el prisma desde el que hasta ahora se habían considerado los problemas de la desigualdad. La propia terminología Norte-Sur pierde su significado en un mundo caracterizado por múltiples y variadas situaciones, por múltiples y variadas desigualdades que atraviesan todas las fronteras y que amenazan gravemente los derechos humanos, la paz, y la propia vida en sociedad. Es curioso que el ya mencionado Fujuyama, que hace 20 años había declarado el fin de la historia, reclame ahora —en un artículo publicado hace menos de un año— la urgente necesidad de fuerzas capaces de compensar los desmanes del modelo y de asegurar un mínimo de estabilidad social.

Por otra parte, las cuestiones de la equidad no afectan solo a la tradicional consideración de la distribución de la renta. Los debates de los últimos años han puesto sobre el tapete nuevas dimensiones del asunto, y entre ellas dos que se han convertido en temas centrales de los estudios sobre el desarrollo. Me refiero, por un lado, a la equidad de género y el amplio abanico de asuntos que se relacionan con ella, que afectan tanto al ámbito productivo como al reproductivo. En este sentido, los grandes cambios operados en la esfera de la producción y en la masiva incorporación —aunque discriminatoria— de las mujeres al mercado de trabajo en unas y otras partes del mundo, no pueden ocultar la persistencia o el agravamiento de los problemas en el ámbito reproductivo, lo que requiere una nueva mirada sobre las actividades humanas en general, y sobre la manera de repartirlas y de compartirlas.

Y por otro lado, el reto de la equidad adquiere también una nueva dimensión desde la obligada consideración de la solidaridad intergeneracional, gestionando adecuadamente unos recursos que son finitos, y que requieren ser preservados para las futuras generaciones sin condicionar la vida de las mismas.

Estas tres importantes cuestiones, que marcan sin duda la agenda y los retos del desarrollo —la equidad, la sostenibilidad, y el bienestar humano—, se ven afectadas por otro gran tema que envuelve a todas ellas y que se sitúa en el corazón mismo del debate: me refiero a la cuestión del crecimiento económico. El hecho de que la crisis que vivimos por estas latitudes haya convertido este asunto en un tabú —dada la recesión en que nos encontramos y sus graves consecuencias sociales— no debería impedir su consideración desde una nueva perspectiva, en línea con las preocupaciones mantenidas desde muy diversas posiciones, como son el enfoque de capacidades, la perspectiva de la sostenibilidad, el plano de los cuidados y la atención, o las propuestas de desmercantilización de algunas actividades. Estamos ante un problema central —el del la acumulación de riqueza material— que afecta a la cuestión de los fines y los medios del desarrollo, y que se viene arrastrando desde Aristóteles —si adoptamos una mirada de largo alcance—, o desde Stuart Mill si consideramos la historia del capitalismo. Como señaló agudamente Joan Robinson, el crecimiento económico tiene el peligro de representar “luces que confunden” propagando falsas señales sobre la realidad de los procesos de desarrollo.

La centralidad del debate sobre el crecimiento tiene que ver tanto con su viabilidad como con su deseabilidad. Una y otra cuestión, la de si es posible seguir creciendo indefinidamente, y la de si realmente es deseable en aras a un mayor bienestar y satisfacción humanas, se han convertido en elementos clave del debate sobre el desarrollo, y afectan a asuntos que han venido siendo centrales en el pensamiento social de los últimos siglos. Es el caso de cuestiones que deben ser tratadas más allá de la coyuntura actual por la que pasan los países más industrializados, y que afectan a la consideración del valor de cambio de las cosas como referencia esencial de todos los análisis, o la forma de contemplar el papel del trabajo humano en los procesos económicos. Desde 1987 hasta hoy, el PIB mundial, medido en Paridades de Poder Adquisitivo, se ha multiplicado por cuatro, sin que ello pudiera evitar la ampliación de la brecha social y medioambiental, lo que viene a plantear de nuevo la necesidad de replantear algunos supuestos.

En este contexto, al inicial cuestionamiento del crecimiento como *Deus ex Machina* capaz de solucionar por sí mismo todos los problemas de la humanidad, cuestionamiento planteado desde el enfoque de capacidades o desde la perspectiva de la sostenibilidad, ha venido a sumarse también la visión del postdesarrollo en sus distintas vertientes, como pueden ser la escuela francesa del decrecimiento, o las propuestas andinas sobre el *Sumak Kawsay*. La resultante es que estas tres perspectivas —capacidades,

sostenibilidad, y críticas postdesarrollistas— cuya expansión académica y social ha coincidido con las dos décadas y media de existencia de Hegoa, comparten el mismo desasosiego ante la cuestión del crecimiento, y muestran la necesidad de avanzar en el debate sobre este asunto más allá de la crisis que nos subyuga. Como decía Albert Hirschman, la Economía del Desarrollo “debe cuidarse mucho de tomar nociones prestadas de la economía del crecimiento”, y hoy más que nunca, los estudios sobre desarrollo deben tratar con cautela esta cuestión.

Llegados hasta aquí, me referiré finalmente a un asunto que constituye una auténtica piedra de toque para el debate sobre el desarrollo y la cooperación, y que no es otro que el proceso de globalización desencadenado durante el último cuarto de siglo, de la mano de la liberalización del movimiento de capitales y de la revolución experimentada en el ámbito de las tecnologías de la información. Un proceso que ha puesto patas arriba algunas de las referencias fundamentales que habían formado parte de los debates sobre el desarrollo, como es la consideración principal de los Estados nación y de las políticas llevadas a cabo en su seno.

Se trata sin duda de un proceso complejo, de perfiles difusos, que contiene elementos de posible reversibilidad junto a otros que son claramente irreversibles, lo que plantea importantes retos para el diagnóstico de los procesos de desarrollo y las posibles alternativas de cooperación. El análisis de la globalización fue un asunto que generó fuertes e interesantes controversias en Hegoa a principios de los noventa, entre quienes lo interpretaban principalmente como la expresión de situaciones ya vividas con anterioridad en la historia del capitalismo, y quienes poníamos el acento en las transformaciones cualitativas y estructurales que se estaban produciendo. Lo cierto es que hoy, con más dos décadas de perspectiva, vemos con asombro que lo que entonces comenzaba a fraguarse, se ha convertido en un entorno que condiciona la vida de las personas y las sociedades; un entorno que ha modificado radicalmente la geografía de la producción en el mundo y que ha creado las condiciones para la actual financiarización de la economía mundial que tanta inestabilidad y desasosiego genera.

Hoy vemos con perplejidad que el que el vuelo de una mariposa en Nueva Zelanda acaba provocando un huracán en México o en Rusia. En la actualidad, el comercio mundial de bienes y servicios representa casi el 30% del valor de la producción mundial. Ello significa que casi un tercio de lo que se produce en el mundo se vende en otros países, lo que supone casi el doble que en 1987. Por lo que respecta a las transacciones financieras, estas representan actualmente una cantidad equivalente a 70 veces el valor del PIB mundial, y de cada 100 operaciones que se producen en el mercado de

divisas de Londres, 94 son de carácter especulativo, con las secuelas de incertidumbre que ello genera, y la sensación de descontrol que se ha instalado en la sociedad.

Pero la globalización ha afectado también a las relaciones humanas y la interdependencia entre los procesos sociales y las pautas de comportamiento en unos y otros lugares. En 1987, Internet era tan solo un proyecto en construcción y, de hecho, hasta 1990 no se creó el primer servidor web. Hoy, la cifra de internautas se acerca a los 2.500 millones de personas. En 1987, la telefonía móvil era prácticamente inexistente en términos estadísticos. Hoy, 25 años después, se contabilizan más de 6.000 millones de abonos a teléfonos celulares en el mundo.

Todas estas circunstancias dibujan un mundo completamente distinto al de entonces. Los procesos sociales y las dinámicas de desarrollo se expresan y toman cuerpo en diferentes ámbitos y escalas, que van desde lo local a lo global, pasando por unos Estados nación cuya significación es mayor hoy en día para las élites políticas que para la mayoría de la población crecientemente desprotegida. Así las cosas, la investigación sobre desarrollo no puede permanecer anclada a viejos clichés. Por el contrario, necesita plantear nuevos escenarios, en una compleja matriz que agrupe por un lado la variada dimensión de aspectos —económicos, políticos, culturales, ecológicos, etc.— que forman parte del desarrollo, y por el otro lado los distintos ámbitos y escalas en que dichos aspectos toman cuerpo y pueden ser encauzados. Porque es evidente que nos enfrentamos a problemas de desarrollo que no tienen tratamiento salvo a escala global —como el cambio climático—, y otros cuya gestión puede ser, por el contrario, mucho más eficaz en ámbitos locales. Y, en este contexto, resulta imprescindible articular nuevas formas de participación y nuevos mecanismos de deliberación y decisión democrática que, en las diferentes escalas mencionadas, puedan representar la voluntad de una ciudadanía que siempre debe ser considerada como protagonista de los procesos de desarrollo, y nunca como mera destinataria de los mismos.

3. MIRANDO AL FUTURO

Los debates sobre el desarrollo y la cooperación internacional se encuentran en una verdadera encrucijada. Por una parte, es cierto que el pensamiento oficial sobre el desarrollo comenzó a evolucionar a partir de los años noventa abandonando algunas de las posiciones más fundamentalistas defendidas durante la ya mencionada década perdida de los ochenta. Pero no es menos cierto que, pese a la introducción en el discurso de nuevas referencias y nuevos conceptos como género, capital social o sostenibilidad, el

discurso del Banco Mundial y del CAD sigue siendo rehén del inmovilismo metodológico que impide avanzar coherentemente en dichos temas. Así, el reconocimiento del papel de las instituciones y de la necesidad de la equidad, colisiona una y otra vez con los diagnósticos de quienes desde el FMI y otras instancias insisten en el ajuste y el papel del mercado como brújula para cualquier tipo de política.

En estas circunstancias, la defensa de los Objetivos del Milenio como panacea, e incluso el alarde realizado en los últimos meses sobre su supuesto cumplimiento, choca con la evidencia del desprecio hacia uno de los más importantes: el Objetivo número 8, que planteaba la urgente necesidad de una nueva y auténtica Asociación Mundial a favor del Desarrollo. Una necesidad reclamada de nuevo en Busan, hace ahora un año, como condición para hacer viables los procesos de desarrollo en unas y otras partes del mundo, desde la regulación global de los flujos comerciales y financieros y el establecimiento de mecanismos de gobernanza global. Una posibilidad que, sin embargo, parece encontrarse cada vez más lejana en un horizonte mediatizado por esos llamados mercados, que siguen escapando al control y el escrutinio públicos, y que constituyen una importante amenaza para la seguridad humana y la estabilidad social.

En estas circunstancias, los modestos avances que, en términos cuantitativos, se realizan en algunos territorios en lo relativo a las tasas de pobreza, se ven acompañados de retrocesos en otros y de un aumento de la incertidumbre global. Vivimos en estos momentos una situación desconcertante, como consecuencia de la crisis financiera que nos atenaza y de los cambios profundos que se están produciendo en el mundo. El año pasado la Unión Europea llamó a la puerta de Brasil, China, la India o Sudáfrica (países considerados *en desarrollo*), en busca de ayuda para sanear sus finanzas. China es en estos momentos el banquero de los EE.UU. y el principal tenedor externo de su deuda. Mientras Europa se encuentra prácticamente en recesión y la economía japonesa lleva más de una década estancada, países como India, China y otros del sur de Asia, vienen creciendo en torno al 10% en los últimos años. En América Latina, países como Paraguay o Perú han registrado también tasas similares, y la mayoría del continente vive una etapa de gran dinamismo como consecuencia del auge en las exportaciones de algunas materias primas. Incluso en África algunos datos parecen estar cambiando aceleradamente. Hace unos meses *The Economist* publicaba una estadística en la que mostraba que, de los diez países que habían registrado un mayor crecimiento económico a lo largo de la primera década del siglo XXI; es decir, de los diez países que más habían crecido porcentualmente entre 2000 y 2010, seis se encontraban en África Subsahariana. Poco después, el FMI se apresuraba a asegurar que, para el quinquenio 2010-2015, serían ya siete de diez.

Sin embargo, en las actuales circunstancias convendría recordar las mencionadas advertencias de Joan Robinson para no dejarnos cegar por esas luces que confunden. Porque, mientras el hasta ahora llamado mundo desarrollado parece desmoronarse en medio de sus propias contradicciones; y mientras buena parte del hasta ahora mundo en desarrollo se encuentra embarcado en un proceso de crecimiento fuertemente dependiente de los mercados de materias primas; mientras todo ello sucede, las tensiones sociales y medioambientales no hacen sino crecer en unos y otros lugares, y la paz y la seguridad humana se ven crecientemente amenazadas.

Hace cinco años, en abril de 2007, cuando aún nos encontrábamos en plena euforia económica, publiqué con Carlos Berzosa un artículo en *El País* titulado “Cabalgando a lomos de un tigre” en el que decíamos lo siguiente: “La economía mundial está creciendo de forma desequilibrada, conforme a un modelo desintegrador en lo social y depredador en lo ecológico, insolidario frente a quienes hoy sufren privaciones, y también con quienes aún no han nacido. Un modelo que, en definitiva, puede acabar volviéndose contra sus impulsores, desvaneciendo las optimistas expectativas trazadas por algunos y, lo que es peor, llevándose por delante a mucha gente que todavía hoy, entrado ya el siglo XXI, sigue esperando, en muchos lugares del mundo, una oportunidad. La economía mundial cabalga, pero lo hace a lomos de un tigre, en cuyas fauces puede acabar devorada”. Esto lo escribíamos, como digo, en la primavera de 2007, cuando aún la crisis financiera no había comenzado. Pero más allá de los aspectos específicos de dicha crisis, considero que aquella reflexión sigue teniendo actualidad de cara a analizar los actuales procesos de crecimiento en muchas partes del mundo.

En este contexto, es necesario repensar por completo la cooperación al desarrollo. Ya no puede seguir siendo entendida en clave de ayuda, ni seguir basándose en los flujos de AOD. Ciertamente, serán necesarios nuevos esfuerzos redistributivos, basados preferentemente en mecanismos de fiscalidad internacional. Pero no tiene sentido, como en la historia de Penélope, seguir destruyendo por la noche lo que se teje durante el día. No tiene sentido transferir miles de millones de dólares en concepto de Ayuda, y seguir apoyando políticas que generan destrucción del tejido social, desigualdad, deterioro del medio ambiente, y aumento de la violencia.

En las actuales circunstancias cooperar para el desarrollo debe ser, ante todo, procurar las condiciones para que todos los habitantes del planeta podamos vivir dignamente, preservando al mismo tiempo los derechos de los que aún no han nacido. Cooperar para el desarrollo debería

ser, ante todo, facilitar acuerdos comerciales, financieros y medioambientales que permitan el desarrollo real de unas y otras sociedades. Cooperar para el Desarrollo debería ser también, desde la sociedad civil, procurar espacios de encuentro e intercambio entre colectivos sociales que enfrentan problemáticas cada vez más interconectadas en unos y otros tipos de países. Pero todo ello requiere diagnósticos más precisos, así como nuevos enfoques y propuestas para que todas las instituciones y agentes sociales –incluida la Universidad– se ocupen responsablemente de la cooperación y aporten a la misma sus capacidades específicas.

Algunos autores, como Severino y Ray, apuntan la conveniencia de desterrar el término de AOD (Ayuda Oficial al Desarrollo), sustituyéndolo por el de Política Financiera Global. Esta Política Financiera Global incluiría tres componentes claves para un desarrollo diferente: en primer lugar, la convergencia entre las economías de unos y otros países; en segundo término, un mejor acceso a servicios esenciales en el mundo; y finalmente, la provisión de bienes públicos globales como la protección medioambiental o la salud internacional. Según ellos, esto debería permitir que toda la financiación internacional se centrara en las tres vertientes señaladas.

En mi opinión, los problemas no se van a arreglar con meros cambios de lenguaje, pero es cierto que llevamos demasiado tiempo prisioneros de una lógica y de unos diagnósticos que no se adaptan bien a la actual realidad. El modelo de cooperación surgido tras la Segunda Guerra Mundial hace aguas. Por un lado, se encuentra crecientemente alejado de las preocupaciones de nuestra sociedad, en la que los valores de la solidaridad y la cohesión social han perdido muchos enteros en favor del corto plazo y de la obsesión por la competitividad. Pero al mismo tiempo, el modelo occidental de cooperación, basado en una retórica de defensa de los derechos humanos contradictoria con la práctica llevada a cabo por nuestros Gobiernos, se encuentra cada vez más desacreditado en gran parte del mundo. Como algunos autores han señalado, la crisis del paradigma occidental de la cooperación hay que entenderla, en buena medida, en su comparación con el actual modelo de relaciones establecido por China y otros países asiáticos en África o América Latina. Un modelo alejado de la retórica humanista, pero que –pese a su lógica depredadora– muchas sociedades locales perciben más práctico, al menos desde el punto de vista del crecimiento económico y la creación de oportunidades de empleo.

A mi modo de ver, ni el antiguo modelo occidental ni el llamado nuevo modelo asiático de cooperación representan una alternativa capaz de enfrentar las crecientes brechas sociales y ambientales que amenazan al mundo. Por ello, considero

que los actuales momentos requieren de nuevos esfuerzos de investigación que necesariamente deben realizarse con otra mirada. Una mirada decididamente transdisciplinar y, al mismo tiempo, capaz de sacudirse viejos prejuicios. Afortunadamente, los estudios sobre el desarrollo han dejado ya de ser coto cerrado de economistas, sociólogos y politólogos. Disciplinas como la Antropología o la Ecología, además de los Estudios de Género –de carácter transversal– han irrumpido con fuerza en este ámbito. También, desde las enseñanzas técnicas se realizan notables esfuerzos de investigación en tecnologías apropiadas para un desarrollo humano y sostenible. Por otra parte, la naturaleza de los problemas actualmente en presencia y el carácter global de muchos de los mismos, ha hecho saltar por los aires la idea reduccionista de un Norte y un Sur como mundos desconectados y con problemáticas que nada tenían que ver las unas con las otras, todo lo cual favorece la incorporación de nuevas perspectivas y nuevos sectores a la investigación sobre estas cuestiones.

Ahora bien, el avance hacia un mundo más cooperativo y solidario, capaz de afrontar conjuntamente los problemas que nos aquejan a todos, no es una cuestión meramente técnica. Cualquier política que quiera impulsarse necesita descansar en unos objetivos comunes que, a su vez, requieren el sustento de unos valores compartidos. En este sentido, es preciso reconocer que los valores de justicia social, redistribución y solidaridad que, bien o mal, permitieron el surgimiento de la cooperación internacional tras la Segunda Guerra Mundial, se encuentran hoy en retroceso. Las amenazas provienen fundamentalmente de aquellos sectores que han hecho de la defensa del interés individual la norma básica de comportamiento social, proclamando al mismo tiempo la supremacía de la competencia frente a la cooperación entre las personas y las sociedades. Quisiera citar a este respecto a Jose Luis Sampedro cuando dice: *“Me preocupa hasta qué punto se están destruyendo valores básicos, como la justicia, la dignidad, o la libertad, que son constitutivas de la civilización. La barbarie es atacar los valores de la civilización. Y creo que estamos entrando en una época de barbarie”*.

Pero la existencia de unos valores compartidos, que puedan sustentar un ideal de progreso, o de desarrollo, se encuentra también cuestionada desde quienes defienden el relativismo cultural apelando a los desmanes causados por occidente en nombre del desarrollo. En mi opinión, algunos de los valores que han formado parte de la civilización occidental deben ser complementados con otros que, provenientes de otras culturas, pueden contribuir a enriquecer los fundamentos de la convivencia humana y una mejor inserción de la misma en el conjunto de la naturaleza. Pero negar la necesidad de valores compartidos, y defender que cada sociedad o cada territorio tengan su propia idea del progreso o el desarrollo al margen de

las demás, supone negar la propia esencia de la cooperación y la solidaridad, las cuales requieren de anhelos y aspiraciones comunes que las fundamenten. Como señala Vandana Shiva: *“Hemos de forjar nuestras culturas y nuestras vidas desde principios que tejan el mundo como un sitio de cooperación y generosidad, con nuevos principios universales construidos desde la solidaridad, y no desde la hegemonía”*.

4. LA UNIVERSIDAD Y LA INVESTIGACIÓN SOBRE DESARROLLO

Como he tratado de exponer, los últimos 25 años han sido testigos de grandes cambios en el mundo, probablemente mucho más profundos que cualquiera de los experimentados desde el inicio de la revolución industrial. Estos cambios han incidido de manera directa en los debates sobre el desarrollo y la cooperación, modificando algunas de las preguntas de investigación y cuestiones a tratar. En las actuales circunstancias se hace más necesario que nunca redoblar los esfuerzos de investigación sobre estos asuntos. Pero ello requiere, en mi opinión, impulsar un pensamiento crítico, que no se conforme con explicaciones simplistas, y que no se acomode a las tendencias dominantes. Un pensamiento riguroso y que sea capaz de ir al fondo de las cosas, sin quedarse en la cómoda superficie de las mismas.

A este respecto, acabaré con una cita de Paul Baran, considerado por muchos el padre de la teoría de la dependencia, quien, refiriéndose a la deriva en la que estaba entrando la investigación económica convencional, planteaba la necesidad de romper con la costumbre de *“sacrificar la importancia del tema a la elegancia del método analítico; es mejor –decía Baran– tratar de forma imperfecta lo que es sustancial, que llegar al virtuosismo formal en el tratamiento de lo que no importa”*

La Universidad, y especialmente la investigación en Ciencias Sociales, tiene ante sí el reto de impulsar ese pensamiento crítico, capaz de mirar de frente a la realidad para comprenderla mejor. No podemos actuar como la orquesta del Titanic, que sigue interpretando la misma partitura mientras el barco se hunde. Debemos, en mi opinión, ayudar a construir entre todos una universidad acorde con su misión, en cuyo seno pueda ganar terreno la investigación interdisciplinar llevada a cabo en institutos como Hegoa, y otros.

Y en este contexto, me gustaría terminar reivindicando que la Universidad pública siga concentrando su atención –tanto en el plano docente como investigador– en aquellas cuestiones que son realmente importantes para el futuro de la sociedad en los más diversos campos del conocimiento. De lo superfluo, de lo accesorio, dejemos que se ocupe el mercado.